

## ELOGIO Y REPROCHE

Debo confesar mi respeto y sincera admiración por el laborioso, callado y difícil trabajo que realizan cuantos, robando horas al descanso o al lúdico entretenimiento mas o menos banal, buscan entre empolvados y amarillos legajos de deteriorados archivos, los perdidos o ignorados documentos de nuestra historia; o, quemándose las cejas sobre viejos libros y manuscritos, de árida lectura y dificultosa traducción, hallan el acontecimiento antes desconocido o el dato mas exacto sobre la vida y obra de algún personaje del lugar. Es un esfuerzo generoso de nuestros cronistas, historiadores, investigadores y eruditos locales, nunca bastante reconocido.

Gracias a ellos, que desentrañan las huellas borradas de esa especie de palimpsesto que es el pasado, éste se nos <sup>va</sup> mostrando cada vez con mayor precisión y nitidez; gracias a ellos se bemos mas del lugar donde nacimos, de sus gentes, de sus monumentos, de sucesos lejanos que forman el entramado de la pequeña historia local. Historia pequeña, todo lo limitada y singularizada que se quiera, pero que es bueno conocerla, como cosa nuestra que es.

Cierto que, generalmente, en la mayoría de los pueblos que forman ese conjunto variado y entrañable de la nación, la historia concreta de cada uno de ellos está constituida por hechos de poco relieve, de escasa o nula trascendencia fuera de su territorio; que sus personajes, con muy pocas excepciones, apenas protagonizaron episódicos acontecimientos, no recordados en la gran crónica del país, ni fueron creadores cuyo prestigio traspasara fronteras. Sin duda que las noticias recogidas en los anales del lugar, no significan otra cosa que una leve

perturbación en la vida cotidiana, una transitoria oscilación del su ritmo normal propagado, como cuando arrojamos un cascote sobre la tersa superficie de un estanque, en breves ondas que no escapan de la reducida dimensión de aquél. Y algo así ocurre, también, con las diversas personalidades que se recuerdan: fueron pequeñas cimas que sobresalían de la altitud humana media del colectivo local, en un momento dado, sin que tal circunstancia implique, necesariamente, algo extraordinario o genial.

No se interprete lo dicho como un intento de restar importancia y desprestigiar ese lícito afán de los pueblos por ahondar en sus raíces y recordar sus figuras destacadas. Tal gesto es siempre ejemplar. Lo que pretendo es evitar que nadie se decepcione. Los grandes hechos históricos son, casi siempre, como violentas tempestades, que es mejor no vivirlas; y, con frecuencia, los protagonistas de ellas, mas son merecedores de olvido que de retenerlos en la memoria. Montesquieu dijo, con gran agudeza, que la historia de los pueblos felices carece de interés. Pero, sin embargo, nos atrae con mayor fuerza el morbo de lo trágico que la serenidad de la paz y la vida sosegada, sin altibajos ni sobresaltos. Por eso resulta conveniente, útil, que salga a la luz, para conocimiento de todos, acontecimientos no impregnados con tintes de tragedia shakesperiana, personajes que si no alcanzaron <sup>DES LUMBRANTE</sup> fama, sí descollaron en el entorno donde vivieron. Nos hace falta, mas que arquetipos de héroes o genios, modelos de ejemplaridad en la vida cotidiana, en el esfuerzo diario por mejorar y alcanzar <sup>METAS</sup> mas elevadas. Y de hecho y seres con esos deseos y propósitos, está llena la menuda historia de todos nuestros pueblos; historia humilde, sencilla, sin grandes avatares, en la que abundan los detalles y pequeñeces de una sociedad sin tempestades ni cataclismos.

En la búsqueda y recuperación de nuestro pasado local,

tenemos, por suerte, un buen plantel de inquietos intelectuales. No cito nombres para evitar el riesgo de omisiones injustas. Sus trabajos, callados, tenaces, están dando fruto en numerosas publicaciones, desgraciadamente dispersas.

Y aquí cabe hacer un reproche: el exceso de individualismo. Sería deseable, para lograr mayor eficacia, planificar y aunar esfuerzos, acotar parcelas de investigación y todos, coordinadamente, trabajar en equipo. Hoy no es posible desarrollar ninguna labor científica importante de forma individual; se hace necesaria una estrecha colaboración, un entusiasmo compartido, una prevalencia del objetivo a conseguir, sobre cualquiera otra satisfacción personal. De ahí este elogio y leve reproche.

MIGUEL MOLINA RABASCO